

**EL PROGRESO BELLISTA
EN LAS LETRAS VENEZOLANAS DECIMONÓNICAS
(SU INCIDENCIA Y SUS CONNOTACIONES)**

Marco Aurelio Ramírez Vivas²²
marcoaureliorv@yahoo.com

Recibido: 15/05/2016 Revisado: 20/06/2016 Aceptado: 06/07/2016

Resumen

Esta ponencia examinará algunas obras literarias venezolanas del siglo XIX, para detectar en ellas la incidencia crítica del ideario del Progreso bellista. Por eso, veremos primero la postura de adversa Andrés Bello ante la Revolución Industrial; y el concierto paisajístico de su idea del Progreso. Después, abordaremos el arraigo del campesino afectivo al *terruño patrio* y el canto gratuito de la hermosura del campo venezolano, desde la aceptación del programa agrario bellista; la contemplación del paisaje en Bello, y del paisaje nacional en los poetas bellistas; la valoración negativa de la Revolución industrial de Fermín Toro en su novela *Los mártires*; el *Campo versus ciudad* como un discurso contra el caudillo, el nuevo enemigo del progreso agrario nacional; la idea de Fermín Toro de crear un novedoso Estado republicano agrario como identidad de Hispanoamérica; la visión de la ciencia positivista como coadyuvante del progreso nacional; la agricultura como *locus moral*, mecenas de las artes y las ciencias; el agro como el civilizador y redentor de la humanidad en Amenodoro Urdaneta; y la *Silva criolla* de Francisco Lazo Martí como una nueva bandera del Progreso nacional.

Palabras claves: Andrés Bello, el progreso agrario, los poetas bellistas de Venezuela, la agricultura venezolana.

**THE BELLIST PROGRESS
IN THE NINETEENTH-CENTURY VENEZUELAN LETTERS
(ITS INCIDENCE AND CONNOTATIONS)**

Abstract

This paper will examine some Venezuelan literary works of the nineteenth century, to detect in them the critical impact of the ideology of the Bellist Progress. For that reason, we will see first the adverse position of Andres Bello before the Industrial

²² Lic. en Literatura Hispanoamericana (ULA-Mérida-Venezuela, 1978), Magíster Scientae en Literatura Iberoamericana (ULA, 1996), y Doctor en Ciencias Humanas (ULA, 2017). Profesor de Literatura Española I (hasta 2012), y Literatura Española II (hasta 2006); y profesor de Literatura Venezolana I (desde 2015), en el Departamento de Literatura de la Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela.

Revolution; the landscape concert of his idea of Progress. Then, we will address the attachment of the affective peasant to the *terruño patrio* and the free song of the beauty of the Venezuelan countryside, from the acceptance of the bellist agrarian program; the contemplation of the landscape in Bello, and of the national landscape in the bellist poets; the negative evaluation of Fermín Toro's Industrial Revolution in his novel *Los martires*; the country versus city as a discourse against the caudillo, the new enemy of national agrarian progress; the idea of Fermín Toro to create a new Agrarian republican state as an identity of Hispano-America; the vision of positivist science as an adjunct to national progress; agriculture as a moral locus, patron of the arts and sciences; the agro as the civilizer and redeemer of humanity in Amenodoro Urdaneta; and the *Silva Criolla* by Francisco Lazo Martí as a new national Progress flag.

Key words: Andrés Bello, agrarian progress, Venezuelan bellist poets, Venezuelan agriculture.

Desde hace tiempo le he seguido la pista a la concepción del progreso en Andrés Bello. Desde el *Resumen de la Historia de Venezuela* (1810), pasando por la *Alocución a la Poesía* (1823) y culminando con *La agricultura de la zona tórrida* (1826), se fue estructurando la idea del progreso bellista, que articularía su programa agrario para abrir a la entonces modernidad al emergente mundo hispanoamericano. Ese ideario es la resultante de la aclimatación y el ensamblaje de tal proyecto para Hispanoamérica; fraguado entre 1798 y 1826; cuyos esbozos se hallan en la “Oda al Anauco”, “Mis deseos” y “A la vacuna”, para luego complejizarse y cristalizar en las dos silvas del padre de los poetas americanos del siglo XIX.

No obstante, hay que aclarar que el proceso de esa concepción del Progreso en Bello se realiza siempre desde el *paisaje americano*, sin el cual no se entendería la conformación de ese ideario. Paulatinamente se superponen, en la concepción del Progreso en el polígrafo, los paisajes afectivo, estético, moral, económico, político, religioso y geopolítico desde la visión espacio-temporal de la patria, la nación y del Estado, que fragarían a los países hispanoamericanos. En cuanto al *paisaje afectivo* en Bello, los criollos, descendientes de los españoles, manifestaron su apego telúrico-emotivo por el *lar nativo* o el *terruño patrio*, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando su arraigo por la tierra que los viera nacer por varias generaciones era un sentimiento mucho más fuerte que su sujeción político-administrativa a la Corona.²³ En lo referente al paisaje estético, Bello despliega, en sus dos silvas, por un lado, el mito de la *exuberancia* o la hermosura sin par de América, convalidando la mirada paradisiaca de Cristóbal Colón, de los cronistas peninsulares y del Barón Alejandro de Humboldt;²⁴ y, por el otro, el mito de la *abundancia*, consecuencia de una tierra fértil, gracias a la calidad de sus suelos y aguas, activados por el sol tropical. Ese paisaje es

²³ Este aspecto lo traté al detalle en Ramírez Vivas, 2010a: 63-83.

²⁴ “Reveló Humboldt con su maravillosa empresa intelectual, científica, rotulada en su libro *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, por primera vez a los hispanoamericanos el esplendor, la realidad geográfica, la opima riqueza, la belleza, la temperie de la tierra donde habitan, donde nacieron, donde depositarán sus huesos: el Nuevo Continente. Por eso Bolívar en carta de 1820 define a Humboldt “el descubridor científico del Nuevo Mundo”. Comenzó a editarse dicha obra primero en francés a partir de 1814, ese mismo año se inicia la versión inglesa, impresa en Londres. Esta última fue la leída por Bello durante su larga permanencia en la capital de Inglaterra. Significó este acontecimiento el encuentro existencial definitivo entre el gran poeta y el gran naturalista. Desde la remota capital británica a Bello se le manifestó con este hallazgo, con esa lectura, la majestad originaria de su continente nativo. Pudo sólo así -presto una frase del pensador M. Heidegger- “Crear desde la verdad del ser (*sein*)”: componer sus dos formidables poemas novomundanos, la *Alocución a la poesía* (Londres, 1823) y *La agricultura de la zona tórrida* (Londres, 1826). Dos largas silvas donde por primera vez se invita a los trovadores a celebrar con sus cantos a los recién libertados territorios comprendidos entre el Trópico de Cáncer del hemisferio boreal, el Trópico de Capricornio del hemisferio austral, divididos por el círculo máximo del Ecuador, ¡la Zona Tórrida pero sólo en el ámbito circunscrito al Nuevo Mundo!” Lubio Cardozo: “Andrés Bello, Alejandro Humboldt, sus versiones del paisaje del Nuevo Mundo. Maravilloso encuentro entre la imaginación y la ciencia.” (Cardozo, 2014).

imaginado culturalmente, embellecido por la estética del Neoclasicismo y repujado por la nostalgia del exilio. Ese mito de la abundancia abre paso a la factibilidad de un Estado hispanoamericano agrario como un programa económico sólido y duradero. En lo que concierne al *paisaje moral*, Bello propone que los ciudadanos, desde el bucólico ámbito campesino, edifiquen las noveles repúblicas, uncidos a unas normas morales rígidas, que privilegien la honradez, el trabajo; y, simultáneamente, detesten el dolo, la disipación y la liviandad, incubadas en el ambiente sórdido de la ciudad. El Progreso bellista rompe lanzas por un programa agrario cónsono con el trópico americano y opuesto a la Revolución industrial, en boga entonces en Inglaterra. En lo que atañe al *paisaje político*, aspecto de un mayor cuidado en la pluma bellista, América se la capta como una tierra de promisión republicana, que concretaría al Estado moderno liberal, herencia de la Ilustración. Territorio de naciones americanas, cuyo paradigma político es La Gran Colombia. Repúblicas donde imperen siempre la soberanía del pueblo, la paz política, la justicia y la igualdad; donde se fortalezcan día tras día las instituciones y se destierre las guerras civiles y a sus caudillos. En cuanto al *paisaje religioso*, Bello propone un nuevo hombre americano, un labrador que ruegue al Dios providente para que sea aliado en sus labores agrícolas sujetas a peligros, que sobrepasan sus fuerzas humanas. Una Deidad que también cure al ciudadano de las heridas dejadas por la lucha libertaria. Y, finalmente, Bello soñaba con unas “jóvenes naciones” entrelazadas internacionalmente en sus relaciones diplomáticas por los valores republicanos. (cfr. Ramírez Vivas, 2006, 2009 y 2010b).

En esta disertación se auscultarán varias obras literarias venezolanas del siglo XIX, para detectar en ellas las huellas del Progreso bellista. Teniendo en cuenta que la incidencia de ese ideario en esos textos se produce una plasmación crítica y creativa, bien por afirmar los postulados bellistas, bien por densificar sus contenidos, o bien por aportar de nuevos elementos a ese programa. Por eso, veremos a continuación los siguientes dos apartados: 1.- Unas líneas sobre Condorcet, y la posición de Bello ante la Revolución Industrial; y 2.- El concierto paisajístico del Progreso de Bello y su incidencia en las letras venezolanas del tiempo decimonónico. Ese segundo apartado lo subdividiremos: 2.1. Del *terruño patrio* al arraigo campesino familiar y fraternal, y la alegría por cantar con marcada gratuidad la hermosura del campo venezolano desde la aceptación irrestricta del programa agrario bellista; 2.2. La contemplación del paisaje americano en Bello, y del paisaje nacional en los poetas bellistas; 2.3. La Revolución industrial como un proyecto inviable para esa Venezuela, en *Los mártires* de Fermín Toro; 2.4. *Campo versus ciudad* en los poetas bellistas: cimiento cultural del discurso contra el caudillo como el nuevo enemigo del progreso agrario nacional; 2.5. Un novedoso Estado republicano agrario como propuesta política a construir, y como la identidad geopolítica de Hispanoamérica; 2.6. La ciencia positivista como el coadyuvante que faltaba para instaurar el progreso nacional del siglo XIX; 2.7. La agricultura como ámbito *sine qua non* de la moral, mecenas de las artes y las ciencias, y civilizadora y redentora de la humanidad en el “El Campo” de Amenodoro Urdaneta; y 2.8. La *Silva criolla* de Francisco Lazo Martí, como colofón crítico y creativo del Progreso bellista.

1.- Unas líneas sobre Condorcet, y la posición de Andrés Bello ante la Revolución Industrial:

Es indudable de que el progreso bellista, en el sentido de entonces de la palabra, es parte de la herencia de los filósofos de la Ilustración, en especial de Marie-Jean-Antoine de Caritat, marqués de Condorcet (1743-1794), para quién, según Jorge Delgado Velásquez, el progreso moderno se sustenta en los pilares de “...la libertad, la igualdad, la democracia y la racionalidad...” del ciudadano de la República, que trocó su ignorancia por las luces de un novedoso humanismo, que combate la dominación y

la tiranía (Delgado Velázquez, 2016: 28).²⁵ Para ahondar la concepción innovadora del progreso en este filósofo girondino, Delgado Velásquez prosigue;

...para Condorcet el significado (...) del progreso es una compleja y conflictiva continuidad que, sin embargo, tiende siempre a logros y conquistas superiores en referencia a lo que entiende debe ser la vida civilizada entre los hombres. Por ello, el progreso es la mejor forma de ejercitar el entendimiento. Tomando en cuenta que una vez que se ha llegado a un cierto nivel, el nuevo arte civil impone ciertas tareas al presente, la principal de ellas debe ser evitar la decadencia de las luces. Tareas encaminadas (...) a motivar y promover la mayor felicidad posible. La felicidad no es, como se llega a creer, una cuestión individual o trasnochada ensoñación utópica. Es una enorme tarea y responsabilidad histórico-social que define a la vez el carácter artificial de la nueva sociedad... (*Ibid*: 32).

Por otro lado, Bello, que nunca renunció a la mentalidad campesina incubada en su etapa colonial, además de asimilar, en Londres, los postulados de la Fisiocracia inglesa y francesa de los siglos XVII, XVIII y de los albores del XIX sobre la agricultura como programa sustentable, adversó siempre la Revolución Industrial por generar la explotación y la pobreza de los obreros, enriqueciendo solamente a los dueños de las fábricas. Su visión del progreso desecha los postulados industriales de su tiempo, que exiliados americanos en Londres veían con esperanza para propiciar la prosperidad económica de sus países recién independizados (cfr. Ramírez Vivas, 2006).

2.- El concierto paisajístico del Progreso de Andrés Bello y su incidencia en las letras venezolanas del tiempo decimonónico:

De ese concierto paisajístico en la poesía de Andrés Bello, arriba esbozado, veamos a continuación su incidencia estética y temática en algunas obras de las letras nacionales del siglo XIX.

2.1. Del *terruño patrio* al arraigo campesino familiar y fraternal, y la alegría por cantar con gratuidad la hermosura del campo venezolano desde la aceptación irrestricta del programa agrario de Bello:

Ese canto emocionado por pertenecer al *lar nativo* o al *terruño patrio* de la zona caacaotera de Venezuela lo inaugura Bello, a inicios del siglo XIX, en unos versos de “Oda al Anauco”, donde prepondera a un riachuelo del paisaje bucólico caraqueño en desmedro a la región mítica europea de Afrodita, la diosa del amor:

...Tú, verde y apacible
ribera del Anauco,
para mí más alegre,
que los bosques idalios
y las vegas hermosas
de la plácida Pafos...

Lo mismo hace el polígrafo, por ese mismo tiempo del albor decimonónico, en el soneto “Mis deseos”, en el cual manifiesta su alegría si muere en esa tierra agrícola nativa de los valles de Aragua:

¡Felice yo si en este albergue muero;
y al exhalar mi aliento fugitivo,
sello en tus labios el adiós postrero!

Ese sentimiento de arraigo emocional por el *lar nativo* se torna dramático en Bello desde el exilio londinense, cuando la nostalgia por el *terruño patrio* se convierte en un dolor

²⁵ En su etapa londinense, entre otros filósofos franceses de la Ilustración, Andrés Bello debió haberse empapado de la visión del progreso moderno leyendo las obras de Condorcet, que se publicaran por primera vez en 1804.

de vano consuelo que acongoja al poeta, y que hace que escriba uno de sus poemas, aunque breve, de una factura tan desgarradora como desconcertante para la escritura lírica ponderada y serena, usual en el polígrafo:

No para mí, del arrugado invierno [de Londres]
rompiendo el duro cetro, vuelve mayo
la luz al cielo, a su verdor la tierra.
No el blando vientecillo sopla amores
o al rojo despuntar de la mañana
se llena de armonía el bosque verde.
*Que a quien el patrio nido y los amores
de su niñez dejó, todo es invierno.*
[Subrayado nuestro]

Sin embargo, aclararemos para evitar equívocos, nos es Bello quien trasmite por primera vez ese apego emocional por la tierra nativa, por lo demás connatural a la especie humana, sino el gran comunicador de ese sentimiento que, en aquel tiempo, embargaba a los criollos de la Tierra Firme y la América indiana, desde las dos últimas décadas del siglo XVIII.²⁶

Los poetas bellistas venezolanos enriquecerán ese campo semántico referido a lo afectivo por la tierra nativa al profundizarlo, con la conciencia de ver en ese amor incondicional por lo patrio como la base de una identidad nacional en ciernes, el pilar más hondo, como lo percibiera Bello, del progreso para la joven Venezuela. Aunque la expresión de ese amor por el campo y la ciudades rurales del partía más de un sentimiento espontáneo que de la articulación consciente de un programa fundacional de Venezuela.

Así, en “El Hogar Campestre” de José Antonio Maitín (1851: 32-35) comunica esa afectividad por el lar nativo, que amplía su espectro a la familia y a los amigos, lugar donde el poeta ha vivido sus momentos entre dolorosos y felices:

A la falda de aquel cerro,
que el sol temprano matiza,
un arroyo se desliza
entre violas y azahar.
Allí tengo mis amigos,
allí tengo mis amores,
allí mis dulces dolores
y mis placeres están.

Ese dolor por la tierra que se ama y a la que no ha de volver, lo vemos plasmado en “Adiós a la patria” (Rojas, 1875: 445-446), el poema más conocido de Rafael María Baralt (1810-1860), en el cual el paisaje natural nativo; el paisaje de su infancia; y sus querencias por la madre, los hermanos y el recuerdo del primer amor se aúnan en un paisaje afectivo más complejo que las composiciones antes glosadas, del cual el poeta, por los avatares de la vida, es arrancado sin conmiseración alguna:

Tierra del sol amada,
donde, inundado de su luz fecunda,
en hora malhadada,
y con la faz airada,

²⁶ No es casualidad que en esa época se publicaran la *Rusticacio mexicana* (1783) del jesuita expulso Rafael Landívar; la *Historia antigua de México* del también expulso Francisco Javier Clavijero, escrita entre 1780 y 1781, aunque dada a la imprenta tardíamente en los siglos XIX y XX, y el *Compendio della storia geográfica, naturale, e civili del regno del Cile* [Chile], 1776 y el *Ensayo sobre la historia natural de Chile*, 1782 del desterrado Juan Ignacio Molina. Todas esas obras, entre las disimilitudes que tienen entre sí, las impulsaba un semejante afecto telúrico y lazo filogenético a la tierra de nacimiento, crianza, formación y desempeño vivencial e intelectual.

me vio el lago nacer que te circunda!

Campo alegre y ameno,
de mi primer amor mudo testigo,
cuando virgen, sereno,
de traiciones ajeno,
era mi amor de la esperanza amigo!

Adiós, adiós, te queda!
Ya tu mar no veré cuando amorosa,
mansa te ciñe y leda,
como delgada seda
breve cintura de mujer hermosa...

En “Adiós A Puerto Cabello” de Abigail Lozano (1821-1866) (1864: 119-121), se verifica una congoja semejante al poema baraltiano: el Puerto, escenario de la infancia de la voz poética, se impregna de adioses amargos, su arcadia infantil se quiebra para sólo quedar una doliente memoria:

Opreso el corazón, de duelo henchido,
abandono tu suelo pintoresco;
mendigo trovador, solo te ofrezco
un arpa triste, un lúgubre cantar.
Tus auras no arrullaron en la cuna
al que hoy te dice adiós con un gemido:
Niño vine hasta aquí, niño he crecido;
y conmigo la nube del pesar.

Vana fue mi querella,... que en mis labios
la sonrisa amarguísima que viste,
tú, libre de dolor, no la entendiste,
sordo a mi grito, y velador afán;
y en tanto que el dolor me devoraba,
en tu mar ocupado, y en tus naves,
cruzaron mis cantares cual las aves
que arrastra sin piedad el huracán...

Otro suelo me espera... Allá en las noches
cuando surja tu nombre en mi memoria,
recordaré la dolorosa historia
que vagando en tus playas escribí:
Historia de un ensueño mentiroso
como, este mundo triste y desolado;
historia cuyas hojas ha regado
llanto que no borró lo que sentí.

En “A su Patria” (González Batista: 2010), un poema de Juana Zárrega y Heredia (Coro, 1806-Madrid, 1880), se capta esa nostalgia incisiva por la tierra natal dejada y a la que nunca se retornará:

Desde la margen pintoresca y fría
del viejo, sosegado Manzanares
quiero mandarte amor en mis cantares
por si llegan tan lejos patria mía.

Yo ver no volveré mis patrios lares
ni la mansión en que gozosa oía
el dulce acento de la madre mía
que me hablaba de Dios y sus altares.

Y, aunque en la oda se denota la preocupación por el futuro político incierto de Venezuela, al final la voz poética se despide dolorida de su tierra, que para ella quedó sumida en una lejanía irremediable:

Adiós! tierra, do fueron mis abuelos
ricos hombres, hidalgos y señores,
para mí, sólo penas y rigores
dejó el destino en apartados suelos.

Adiós! cuando yo muera, sin quebranto
tú vivirás y espero sea con gloria,
quizás en algún tiempo mi memoria,
llegue a ti entre las notas de este canto.

Manuel Manrique Jerez, por su parte, percibe a Juana Zárrega como esa mujer compungida por la ponzoña de una nostalgia irremisible ante esa imposibilidad de regresar a su región nativa (1884: 39-42):

Náyade fugitiva y sin reposo
en extranjera linfa, mustia y triste
en vano buscas en el Turia undoso
las márgenes floridas do naciste.

En vano buscas la montaña enhiesta
do crecen los altivos guayacanes,
y el cedro corpulento, que en la cresta
desafia los recios huracanes.

Y el río de cristal que noche y día
su pie baña con nitidos raudales,
mezclando su murmurio a la armonía
del canto celestial de los turpiales.

Vemos cómo, en los primeros 40 años de la República, se afianza en nuestra lírica *la geografía del afecto*, que refuerza el amor por la madre, la familia y los amigos que, teniendo a lo campestre como un ámbito idóneo, iba cimentando el ser nacional. Desde esa geografía del afecto eclosiona ese canto alegre y gratuito por el paisaje venezolano, como consecuencia de la contemplación de nuestra naturaleza.

2.2. La contemplación del paisaje americano en Bello, y del paisaje nacional en los poetas bellistas:

Si bien, en las dos silvas bellistas la mirada a la naturaleza del Nuevo Mundo del poeta caraqueño la signa su programa agrario, en la *Alocución a la Poesía* hallamos versos que cantan con efusiva gratuidad la belleza del paisaje americano, obviándose por momentos su visión agrícola. América ya no solo supera a Europa como pregonara la poesía indiana del albor del siglo XIX, vale por sí misma, cuenta con personalidad propia, condición previa y *sine qua non* para la autonomía política. Así, la hermosura del continente se despliega por primera vez en la lírica hispanoamericana, desde el corazón de los Andes, en los versos de un poeta que aún, en 1823, no conocía personalmente esa cordillera, pero, según lo apuntara ya Lubio Cardozo, asimiló de una manera asombrosa el *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* de Humboldt (2014); y a través de ese prisma “libresco”, despliega su canto alborozado de la otrora colonia española andina. Veamos en la *Alocución...* (vv. 139-188) esa mirada contemplativa príncipe del polígrafo, que muestra a la Poesía la *exuberancia* inédita de la región amerindia:

Ve, pues, ve a celebrar las maravillas
del ecuador: canta el vistoso cielo
que de los astros todos los hermosos
coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragón del norte su dorada espira
desvuelve en torno al luminar inmóvil
que el rumbo al marinero audaz señala,

y la paloma cándida de Arauco
 en las australes ondas moja el ala.
 Si tus colores los más ricos mueles
 y tomas el mejor de tus pinceles,
 podrás los climas retratar, que entero
 el vigor guardan genital primero
 con que la voz omnipotente, oída
 del hondo caos, hinchió la tierra, apenas
 sobre su informe faz aparecida,
 y de verdura la cubrió y de vida.
 Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
 que vuestros verdes laberintos puebla,
 y en varias formas y estatura y galas
 hacer parece alarde de sí mismo,
 poner presumirá nombre o guarismo?
 En densa muchedumbre
 ceibas, acacias, mirtos se entretajan,
 bejucos, vides, gramas;
 las ramas a las ramas,
 pugnando por gozar de las felices
 auras y de la luz, perpetua guerra
 hacen, y a las raíces
 angosto viene el seno de la tierra.

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
 del Cauca a las orillas me llevara,
 y el blando aliento respirar me diera
 de la siempre lozana primavera
 que allí su reino estableció y su corte!
 ¡Oh si ya de cuidados enojosos
 exento, por las márgenes amenas
 del Aragua moviese
 el tardo incierto paso;
 o reclinado acaso
 bajo una fresca palma en la llanura,
 viese arder en la bóveda azulada
 tus cuatro lumbres bellas,
 oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
 mides al caminante
 por la espaciosa soledad errante;
 o del cucuy las luminosas huellas
 viese cortar el aire tenebroso,
 y del lejano tambo a mis oídos
 viniera el son del yaraví amoroso!

Un aspecto, que llama la atención de la emergente lírica agraria nacional, es que no modifica, aunque sí lo aquilata, el programa agrario bellista, lo acepta ofreciéndole su aquiescencia, bien expresa o bien tácita. Pero, si amplía la contemplación alegre y esperanzada de la región central de nuestro país. Es José Antonio Maitín, en “El Hogar Campesino”, el autor, a lo largo de nueve estrofas, de ese canto primigenio que celebra la hermosura del paisaje natural nacional (vv. 105-139). Para ello, recurre a la sinestesia, mediante la cual, con el predominio sí de la vista, los demás sentidos (el olfato, el gusto, el tacto y el oído) se involucran líricamente:

Ameno el campo ostenta su opulencia
 en su espléndido manto de verdura,
 y regala el olfato con su esencia
 la flor, que crece oculta en la espesura.

Cuán dulce es ver las aguas cristalinas
 ir por el valle susurrando amores,
 y salpicar las hojas purpurinas
 con sus blancas espumas, de las flores!

Y ver cómo, sin tregua y sin descanso,
 con giros mil la retozona brisa

en ondulantes pliegos del remanso
la transparente faz arruga y riza.

Y cuando tardo el sol y esplendoroso
su lumbre cuelga en la mitad del cielo,
y con su rayo ardiente y caluroso
deslumbra y quema el fatigado suelo,

¡cuán dulce es reposar bajo las sombra
de la ceiba ramosa y extendida,
y entre la yerba ver, que el suelo alfombra
correr la fuente que a beber convida!

Y esa ráfaga ver, arrebolada,
manto oriental de púrpura y de grana,
que el sol tiende en la bóveda azulada
al ocultar su lumbre soberana.

Y cuando al aclarar, en Occidente,
su luz sepulta al fin la última estrella,
¡cuán grato es ver en el opuesto Oriente
la aurora despuntar, cándida y bella!

Y ver las perlas, diáfanas, redondas,
que la noche al pasar dejó prendidas
sobre la abierta flor, colgando en ondas
al borde de las hojas suspendidas.

Y al jilguero cantor que se estremece
al desatarse en dulce melodía,
y que desde la rama en que se mece
con sus himnos de amor saluda el día.

Pero, en “A las orillas del río”, donde canta al paisaje bucólico de su hacienda, Maitín será percibido por los receptores decimonónicos de su poesía, como *el bardo del Choroní*. Paradigma este de lectura que implantara el escritor Simón Camacho en su prólogo a las *Obras poéticas...* de Maitín:

Lleno de grandiosas inspiraciones, ha templado la cítara en época feliz para que su canción resonase libre extendiéndose sin obstáculos. Adorador entusiasta de las teorías del idealismo, ese hermoso arco iris de nuestros pensamientos, nos ha cantado su vida, los sitios de su residencia, su Edén de Choroní, sus amores tan tiernos como sus cantares y más poéticos, si posible; y embelleciendo así cuanto le pertenece, esmaltando lo pasado, nos ha deleitado agradablemente.

La poesía de MAITÍN, un tanto imitadora, como debe serlo por necesidad toda poesía americana, tiene suyas la naturaleza sencilla que la ennoblece y aquella voluptuosa melancolía que causa en el alma la vista de la luna medio oculta por nubes de color cambiante en una noche de los trópicos. (Camacho: 1851: XIV)

Esa lectura, la *del bardo del Choroní*, o cantor bucólico del paisaje natural nacional, la convalida Juan María Gutiérrez, en *América poética*, cuando al publicar “El Hogar campestre” de Maitín, le cambia el título original por “Choroní”, y, aunque declara editar sólo un ‘fragmento’ de la pieza lírica original, le cercena las estrofas del discurso afectivo por lo campestre, donde campo y ciudad se confrontan, y las estancias en contra del caudillo; dejando solamente las cuartetos donde se exalta la belleza amena y bucólica del paisaje natural que circunscribe al poeta (1846: 517-518).

Para cerrar este apartado, citemos una estrofa del poema agrario “El Campo” de Amenodoro Urdaneta (1829-1907), donde la naturaleza del país, siguiendo el cartabón bellista, se saluda con respeto, veneración y efusividad el esplendor de su *exuberancia* singular (vv. 27-38), recordando ello el saludo reverencial bellista en *La agricultura de la zona tórrida*:

¡Salve, mansión de amor, verdes collados,
cándidas nubes, transparente cielo
y venturosos prados!
¡Salve, plácidas vegas!
Y tú, que alegre juegas
en campos de abundancia, claro río,
y en vago curso y cuidadoso anhelo
su seno fertilizas y riente
ornas en flores su apacible frente,
salud! —Bosque sombrío,
montes, valles, salud! —Ya el pecho mío
bebe la vida en vuestro fresco ambiente.

A una *geografía del afecto por la tierra natal* se superpone una *geografía de la admiración por el paisaje natural*, como sucedió en Andrés Bello desde sus poemas caraqueños hasta sus dos magnas silvas. Una tierra campesina que se ama y cuyo paisaje natural produce un gran asombro en los poetas venezolanos de aquel tiempo, es el prolegómeno indispensable e imprescindible para el desarrollo agrícola, que si bien busca crear una riqueza sólida y durable, se halla diametralmente opuesta a la agricultura industrial, en la cual no se toma como precedentes al amor por *el terruño patrio* ni a la exaltación gozosa de su paisaje natural, sino que ve al campo solamente como un lugar de inversión y de ganancia económica.

2.3. La Revolución industrial como un proyecto inviable para Venezuela, en Los mártires de Fermín Toro:

Los Mártires de Fermín Toro —novela dirigida a los jóvenes caraqueños de 1842, a la generación de relevo del poder político de la balbuciente Venezuela—, comienza con los fastuosos festejos en Londres por la boda entre la reina Victoria y el príncipe Alberto. La capital londinense aparece espléndida en el boato de la regia celebración, sin embargo, esa suntuosa parafernalia no puede ocultar las diferencias sociales entre sus clases, sobre todo esa mayoría que vive en la miseria y la degradación. Por ello, el narrador describe entre admirado y estupefacto:

...¡Cuán bella está la ciudad, me decía, cuán ataviada y pomposa! ¡Quién dijera que hay en su seno hambre y desnudez! Hoy sin embargo no está en tinieblas la morada del pobre: el mendigo esconde sus andrajos bajo las galas del trono; y suspende la miseria su fatídico clamor para que sólo se oiga el himno epitalámico. ¿Quién le entona? Veinticuatro millones de almas. De este número, algunos son poderosos, verdaderos potentados de la tierra; otra porción, y esa la mayor [...], conocen el bienestar y los goces de la vida; pero otra muy considerable la componen los mártires de la sociedad, las víctimas de la riqueza, con cuya sangre se rocían los altares consagrados a su culto. Mas hoy ¡oh milagro de las sociedades humanas! hoy el rico y el pobre hacen las paces; suspenden su eterna querrela, y sólo una voz se oye desde el palacio del duque Bretón hasta la cueva del misero irlandés: *long life to the Queen! long life to Prince Albert!* (Toro, 1842: 62)

La novela, en sus pocas impresiones por entregas, continúa con la descripción patética que hace el narrador testigo de la familia de la joven y bella Emma, prometida a Eduardo, también mozalbete. Tom y Teresa, los padres de Emma, viven en una miseria espantosa. Para el colmo, Tom, de origen humilde, se encuentra anciano y convaleciente debido a una fractura. En tal lobreguez, Richardson, el padre de Teresa, otrora doncella de la aristocracia inglesa, se presenta, muchos años después, como un ser desvalido que perdió su fortuna quedando en la más crasa pobreza. Sin embargo, ante la presencia inesperada del anciano padre de Teresa, el enfermo Tom, presa de la fiebre, lo enfrenta y le recrimina no haberlos ayudado cuando contaba con riquezas. Luego, Richardson, en medio de la desesperación, abandona la casa de su hija y se interna en la noche invernal de Londres, donde su decrepita vida correrá peligro. Al día siguiente, aparece un nuevo personaje: Héctor Mac-Donald que dice a la familia de Tom haber salvado a Richardson del fatídico invierno londinense. El joven aristócrata se prenda de Emma, y Eduardo se sume en los celos y la incertidumbre. Para el colmo Eduardo

ha de ir a Irlanda, tendrá que ausentarse por un tiempo del lado de Emma para buscar trabajo que ayude aliviar su paupérrima situación. Viaje que aprovecha Héctor Mac-Donald para sembrar en el prometido de la doncella la duda de que ella lo ame. Eduardo parte para Dublín y su ausencia se prolonga de manera inquietante. El narrador testigo aprovecha esta situación para que, a través de la familia de Tom y de la respuesta de un amigo a quien interroga sobre alguna institución que pueda ayudarle para solventar o disminuir en algo la indigencia de esos seres desvalidos, reflejar la más patética y desoladora situación de las familias pobres de la capital de la Revolución industrial:

—Morirse, me contestó con [...] ironía, para que después el juri muy compadecido declare que murieron, según su fórmula favorita, “de miseria y hambre”. ¿Pues no es esta la situación del pueblo? ¿No se va hundiendo en la miseria a medida que se dice que la nación va haciéndose más rica, más opulenta, más poderosa? ¿Algunos millares de familias no devoran la sustancia de algunos millones de habitantes? La historia de la mendicidad en el país que se llama el más rico del mundo es la prueba más triste y desconsoladora que puede darse de la civilización actual. Puede ser que no sea dado a la sociedad alcanzar un grado muy elevado de perfección, puede ser que los hombres como los peces hayan de vivir siempre devorando a sus propios semejantes; porque de otra manera no puede llamarse lo que pasa en nuestros días; pero no hagamos alarde de nuestra vergüenza; la razón por lo menos concibe la justicia en la distribución de los bienes de la vida, aunque las instituciones sociales parezcan condenadas a hollarla eternamente. (Toro, 1842: 301-302)

Pero la tragedia se cierne sobre la familia de Tom: Eduardo O’ Neil es asesinado por irlandeses que también buscaban empleo, viéndole como un competidor intruso que les quitaría el trabajo. El narrador testigo llega al clímax de su dolor y amargura y exclama con desazón y dureza contra Londres del progreso industrial:

...Herido, mortalmente herido por el arma envenenada de una sociedad cruel e inhumana, aunque con los fueros de la más culta y adelantada, mi dolor se exasperaba con la convicción de mi impotencia. Yo habría dado en aquel momento mil veces la vida por poder soplar la peste sobre aquella impia Babilonia; y ver morir a millares sus habitantes por minutos; y ver las calles obstruidas con los montones de cadáveres; y sentir la atmósfera infestada con sus mortíferas exhalaciones; y ver las aguas del Támesis verdinegras, corrompidas llevar al mar vecino pestilencia y destrucción... (Toro, 1842: 330)

El final no puede ser más trágico: Emma se confina en una casa para pobres, donde se refugia para huir de Héctor Mac-Donald, y para que éste no deje a su abuelo a merced de la indigencia. Tom y Teresa, sus padres, sin embargo, mueren debido a su pobreza. Emma es maltratada y muere en el asilo después de ser maltratada por el director de ese orfanato.

Este relato tétrico cumple con la función de alertar a los jóvenes caraqueños de su tiempo sobre ese peligro espeluznante que acarrearía el progreso industrial, de la necesidad de seguir, sugiriéndolo de manera tácita, el desarrollo agrario prometedor de una verdadera riqueza basada en la virtud, la honradez y el trabajo tesonero. No en vano Luis Iñigo Madrigal afirma sobre esta novela: “...el solo interés de Fermín Toro. Su preocupación fundamental parece enderezarse a revelar los males que acarrea a los humildes [...] la revolución industrial...” (Iñigo Madrigal, 1874: 628)

2.4. *Campo versus ciudad en los poetas bellistas: cimiento cultural del discurso contra el caudillo como el nuevo enemigo acérrimo del progreso agrario nacional:*

Como vimos, la aversión a la ciudad en Bello —como sinónimo del vicio y de la depravación—, es el Londres de la Revolución industrial. Ese modelo de desarrollo de manos obreras tiene como epicentro al mundo urbano, que propulsa, por un lado, la explotación social y la injusticia, debidas a la ambición desmedida de los dueños de las fábricas y la clase política; y, por el otro, la miseria, la enfermedad y la muerte de los operarios de los medios de la producción industrial. La ciudad se convierte en un

baluarte de la riqueza injusta a costa de la pobreza de los desposeídos, que socava la moral personal, política y civil del Estado liberal sustentado en la máquina de vapor.

En la joven República, la ciudad es de corte rural, es el área de influencia de una economía campesina, que sin embargo va adquiriendo una mirada peyorativa debido a que se convierte en el ámbito de la confabulación de los caudillos, quienes ambicionan el lucro y el poder discrecional, todo ello en desmedro de las instituciones republicanas. El campo y la familia labradora son respectivamente el territorio y el corazón de la sociedad nacional y, desde la ciudad se conspira contra la agricultura y sus humildes operarios. En un texto, cual epístola lírica, Maitín se queja, con ironía sutil, ante su amigo Teófilo, Rojas (*vv.* 1-32) quien se inclina por la ciudad, de su desazón ante el ambiente citadino caraqueño, y defiende su retiro rural:

¿Te quejas de que yo, sin ilusiones,
dada a la ociosidad de mi estéril vida,
el arpa rota ya, la voz perdida,
no alegre el valle más con mis canciones?
¿Quieres que yo también, ciego, en mal hora,
por la ciudad el campo abandonando,
abjure la quietud y el ocio blando
de esta mi soledad encantadora?

De la ciudad habitador dichoso,
si tú hallas el contento
en ese lago inquieto y engañoso,
sin temor al relámpago ni al viento;
si cual marino intrépido te lanzas
con alma sosegada
en medio de esa mar revuelta, airada,
de odios, de celos, vanidad e insidia,
tu vida alborotada
mi suerte quieta y plácida no envidia.

Aquí, donde se goza
debajo de los árboles umbrosos
la calma suave de la paz sabrosa;
aquí, donde la mente,
libre de las pasiones tumultuosas,
que la ambición produce, alegremente
al través de las selvas silenciosas
vaga libre, feliz e independiente;
aquí, donde el contento
las aromadas flores de los campos
al pecho nos transmiten con su aliento;
aquí, sin más testigo
que la naturaleza bienhechora
es que solo se vive, dulce amigo.

El campo se torna así en el territorio de la *geografía moral nacional* que propicia la paz, la libertad, el trabajo y la honradez. La ciudad de corte rural se convierte, en cambio, en la *geografía del vicio*, de la holgazanería, la lisonja y de la depredación de la economía agraria nacional.

Ese discurso poético del campo versus ciudad deriva después en un discurso anti-caudillista diáfano, frontal y sin cortapisas que inaugura en la lírica republicana nacional el poeta Maitín en “El Hogar campestre”, en el cual el caudillo ante “el pajarillo”, que simboliza la libertad política civil, es presentado como el enemigo de un nuevo cuño del campesino, del campo, de la vida rural y del progreso agrario. Caudillo que pretende vivir entre lujos citadinos, amasando unas fortunas indebidas mediante el dolo, que propulsa la guerra fratricida para mantenerse en el poder, que ejerce de modo discrecional, burlando las normas de la ley (*vv.* 153-184):

Tu eliges a tu gusto tus amores,
sin que te paren importunas leyes,
que del aire los plácidos cantores
no han menester repúblicas ni reyes,

ni palacios, ni templos, ni mezquita,
ni Senado, ni Bey, ni Capitolio,
ni mandatario altivo, que dormita
en alta silla o encumbrado solio;

ni hay banderas vistosa y lúcidas,
que flotan a merced del aire vago;
ni conoces las lanzas homicidas,
ni de la guerra el destructor amago.

No os dice un rey: SOLDADOS, A LA GLORIA
LA PATRIA OS LLAMA; A LA BATALLA, OS DIGO.
BUSCAD LA MUERTE O TRAEDEME LA VICTORIA,
QUE LA PATRIA SOY YO. VENID CONMIGO.

Y en sangre del hermano desagraciado
no vas tus plumas a manchar bermejas
y cada al corazón golpe asestado
un triunfo no es, que vencedor festejas.

No os dice un mirlo de golilla y toga:
ESTA ES LA LEY; A MUERTE TE CONDENA;
y al cuello te echan la infamante sogá
o arrastras, infeliz, dura cadena;

ni al dintel del alcázar opulento
vas a llevar tu palidez sombría
para mezclar con tu apagado acento
las risas destempladas de la orgía.

Que el campo para ti su gala ostenta
y el grano encierra la ondulante espiga
y el sabroso manjar, que te sustenta,
en cada flor encuentras sin fatiga.

Numerosos son los poemas heroicos o agrarios que describen al caudillo como el principal oponente de la Venezuela agraria, que atenta contra la paz política de la República al promover siniestramente la guerra civil, que asola a los campos y desgaja a lo campesino de su tierra. Paz política republicana que es la condición *sine qua non* para el desarrollo agrícola.

2.5. Un novedoso Estado republicano agrario como propuesta política a construir, y como la identidad geopolítica de Hispanoamérica:

En “A la zona tórrida” de Fermín Toro (Rojas, 1875: 477-479), se canta un paisaje geopolítico que es peculiar: la otrora Gran Colombia (“del undoso Orinoco al Chimborazo”), inspirada en el Estado moderno de la Ilustración, se transforma en un paradigma republicano a seguir por la joven Venezuela, para edificar un Edén político mejor que la novedosa República propuesta por la Revolución francesa; conculcada tempranamente por Napoleón Bonaparte. El Estado hispanoamericano de Bello tiene de modelo a la Colombia de Bolívar, que entronca con el ideario político francés, pero en Fermín Toro, esa Colombia fenecida pero modélica, además de ser el pivote para el Estado nacional hispanoamericano, debe construir una república que vaya más allá del modelo político ilustrado. Bello y Toro coinciden en plantear que solamente en un Estado republicano es posible el progreso agrario.

Por otro lado, en *La agricultura a la zona tórrida* Bello propone que las naciones hispanoamericanas conformen una alianza mediante los valores republicanos. Cada

país de este Continente debería ser parte debe un mapa geopolítico semejante, que sus relaciones internacionales sean mediadas por los valores republicanos; y la nación que los incumpla, quede fuera de ese concierto geopolítico liberal. Los poetas bellistas fueron más allá, plantearon que mientras la libertad política y civil se vea amenazada o tiranizada —en América, en Europa o en cualquier otra nación del Orbe—, ningún país republicano podría estar seguro de preservar y perfeccionar su sistema político. Así, Heraclio Martín de la Guardia en su “Oda a la Libertad del Viejo Mundo” (Rojas: 1875: 198-201) presenta a América como el continente de un nuevo paradigma político que, además de ser de corte paradisiaco, será promisorio para todo el planeta (vv. 24.39):

Oh ¡quién feliz pudiera
apresurar la aurora de ese día!
y acortar a los pueblos fatigados
la dolorosa vía!!.....
Tú, América feliz, a quien Dios quiso
regalar con los dones más preciados
de su alta providencia;
pues eres de la tierra paraíso
y tienes por herencia
de la alma Libertad el don fecundo
para ofrecerte como ejemplo al mundo;
no des paz al destino:
la humanidad aguarda;
y estrella precursora,
bañada en luz, señálale el camino
que conduce a las tierras de la aurora!

Luego, la voz poética ofrece la relación dolorosa de los pueblos que, en el presente histórico de la Oda, se encuentran esclavizados por la tiranía: Bizancio, Gracia, Rusia, Italia y Francia desfilan ante sus ojos como ejemplos macabros de opresión política. Sin embargo, todos los pueblos del Mundo, pregona el yo lírico mediante la simbología cristiana, un día no muy lejano romperán esas cadenas gracias a la libertad política y civil (vv. 243-263):

Y pasarán los tiempos y triunfante
dominará la libertad un día;
que en vano sobre ella,
con negra alevosía,
pusieron los tiranos
tintas en sangre las cobardes manos!
¡En vano de su culto
escarnio y befa hicieron
y a la impiedad del popular insulto
con sacrilegio horrible la expusieron!
¡En vano la adornaron impiamente
de harapos de irrisión y con espinas
coronaron su frente!
En vano, en fin, por afearla, el vicio
le dieron por hermano
en el horrendo, innoble sacrificio;
pues, simbolo inmortal y soberano
del Cristo, resucita
más bella y joven luego,
por el bautismo del dolor bendita,
purificada del martirio al fuego!!!

En el trasfondo semántico de este poema se interpreta entrelíneas que sin el reino de la libertad no será posible el progreso de los pueblos.

2.6. La ciencia positivista como el coadyuvante que faltaba para instaurar el progreso nacional del siglo XIX:

Los poetas venezolanos de la centuria decimonónica convalidaron la aversión de Bello hacia la Revolución industrial. Sin embargo, cuando llega la ciencia positivista a Venezuela en 1866, vieron en ésta a la coadyuvante del progreso agrario que faltaba para que la nación consolidara el Estado republicano. En el poema “Mi Ofrenda” de Heraclio Martín de la Guardia, (*ibid.*, 205-208) el emisor lírico le ofrece una bienvenida efusiva a la Ciencia, como baluarte espléndido de la inteligencia humana, que produce el irrefutable conocimiento científico (vv. 100-111):

Oh, ciencia ¿quién osara,
nuevo, robusto Atlante,
con atrevida idea,
cargar sobre sus hombros
ese mundo gigante
que a tu poder la inteligencia crea?
¿Quién al amor de la verdad movido
pudiera, sin tu apoyo soberano,
llegar al escondido
foco de luz, que concentrado ardiente,
cuanto hay en ti de grande y sobrehumano
con la aureola de Dios ciñe la frente?...

Desde entonces, la lírica nacional incorpora vocablos referidos a los fenómenos físicos que interesan a la Ciencia positivista: la energía a vapor, el fluido eléctrico, la fuerza del magnetismo, etc. (vv. 229-240):

Pero ¿qué quiere ¡ oh, ciencia! mi deseo
que lo infinito en reducir se empeña?
Límite alguno a tu poder no veo:
vas más allá de lo que el alma sueña.
Prodigios de la luz y de las sombras!
Eléctrico poder...! rayo cautivo!
Incansable motor que al mundo asombras!
Magnéticos influjos que si palpo,
ni alcanzo ni concibo!
Conquistas del derecho!
Verdades nunca oídas!
Fuerza de la razón que impone al hecho!

Pero sobretodo, la Ciencia positivista será la aliada necesaria e imprescindible que le hacía falta al labrador para hacer progresar de veras y de una vez por todas a la Venezuela agraria (vv. 196-209):

Tú también, del trabajo noble amiga,
guardas el digno premio que la tierra
ofrece a su fatiga;
y como igual balanza
sostienes en tu mano justa y fuerte,
la industria en ti descansa
confiando en tu poder más que en la suerte!
Tú velas fiel sobre el hogar sereno
que honrado afán no niega;
y la heredad tranquila, al prado ameno,
la mies que el sudor riega,
brindan al labrador sus ricos dones
sin temor al veneno
que da la envidia y vierten las pasiones.

Se sueña con una joven Venezuela donde se erradiquen las enfermedades, que la surquen ferrocarriles y barcos a vapor, que aliente el pensamiento crítico a través de la imprenta, que mejore sustancialmente su tecnología agrícola, que de sus puertos salgan buques repletos de rubros agrarios para el mercado internacional.

2.7. La agricultura como el ámbito *sine qua non* de la moral, mecenas de las artes y las ciencias, y la civilizadora y redentora de la humanidad en el “El Campo” de Amenodoro Urdaneta:

En el “El Campo” (*ibid.*, 1875: 569-574). de Amenodoro Urdaneta, se profundiza sobre la necesidad de una moral exigente para el campesino que vive en un ambiente campestre propicio para la virtud, el trabajo y la honradez. Valores morales ausentes en la ciudad, sitio donde prolifera el vicio, la ambición y la maldad (*vv.* 39-54):

No importa que el dogal de la Fortuna
siga oprimiendo sin piedad mi cuello:
más vale una pacífica conciencia
y la amable quietud del hombre honrado
que la ansiada presencia
de esa deidad, al triste inoportuna;
más el parco sustento y el agrado
de honesta medianía que su falsa
opulencia, do beben los humanos
el veneno letal en copa de oro;
y más que su belleza, fabricada
por arte infiel o por esclavas manos,
el variado tesoro
que se guarda en el campo y se reparte
con rica profusión, adonde nunca
llegar le es dado a la expresión del arte.

Además, la agricultura no solamente apunta a la consecución de la prosperidad económica, consecuencia de su labor tesonera, sino que ella ha sido la protectora y propulsora de las artes y las letras la cultura de Occidente (*vv.* 255-302):

—También campestre Musa, tú repites
la sencilla verdad que amable canta
naturaleza con voz sublime,
y con ella compites
en gracias y en amor... La voz levanta
con grato son el épico del Lacio,
o el doriense cantor, y al punto, al punto
miramos los pastores,
tras de errantes rebaños, venturosos
cantando sus amores;
ya el tierno acento del divino Horacio
vemos en Lucretil las dulces risas
de la zagala Tindaris; mas luego
trémulas besan sonoras risas
el cristal de Voclusa... El blando ruego
del amante de Laura; los encantos
del loco de Sorrento o del poeta
que ya ilustró las aguas del Mondego;
el sabio plectro del sublime Herrera
y de León famoso;
el dulce lamentar de Nemoroso;
de *Batilo* la voz, do suelen verse
las encendidas llamas
que en choza pastoril, o Amor, inflamas,
y las ondas de luz estremecerse;
y esotras inmortales armonías
que en lira de marfil y oro cantaron
los nobles atributos
de amor y libertad que el seno guarda
de la zona fecunda
que en paternal ardor el sol circunda,
sus ricas producciones, sus praderas
llenas de mieses y variados frutos;
sus constantes y alegres primaveras;

y sus iguales y templados días,
y el esplendor de las florestas mías....
—Todos esos acentos peregrinos,
Musa gentil, que pueblan el ambiente,
son los ecos divinos
que has recogido en la tranquila fuente
de vida y de belleza
que ostenta para ti naturaleza.

También de los sembrados
la Tragedia nació: fueron su adorno
primero los festones de la viñas;
su concurso las gentes del contorno;
y su escena los prados;
y sus cetros las palmas y cayados.

Pero la agricultura no se queda en el quehacer cultural, es además la redentora de la humanidad, la que le repone los bienes espirituales, la que le devuelve al hombre muchas de sus prebendas virtuosas perdidas (*vv.* 324-354):

¿Y dónde puede el corazón sediento
de amor y de verdad, beber su albura?—
Aquí, sin más testigos
que las aguas, los árboles y el viento,
al alma doy la celestial hartura
de la amable virtud. —Solos amigos
que jamás nos engañan,
salve, preciosos libros, inmortales
luces que nunca su esplendor empañan
con aura de pasiones!...
Aquí, bajo la sombra cariñosa
de augusta soledad, viendo cual pasan
de nuestra vida los instantes breves,
como esas ondas leves
que huyen ante mi vista murmurando,
—la imagen reflejando,
ya de la juventud enardecida,
o de los dulces juegos de la infancia,—
pasto doy abundante
a mi agitado espíritu en las hojas
y en la suave fragancia
y en las pintadas flores de ese amante
huerto de eterno frutos; medicina
de humanas congojas;
semilla que regaron
con llanto de dolor la desventura,
con su voz la experiencia,
y la amistad con su inmortal dulzura,
el amor con sus castas emociones,
con su vigor la ciencia,
y el cielo con sus santas bendiciones.

Así, este poema, además de cantar a la fertilidad de una tierra bañada por el sol tropical, como lo hiciera Andrés Bello en *La agricultura...*, ahonda en los valores éticos del mundo campesino, condena con el mismo ímpetu bellista el vicio y la perversidad que se anidan en la ciudad, y coloca como aporte esa visión de la agricultura como la mecenas indispensable y la salvadora de la humanidad.

2.8. La *Silva criolla* de Francisco Lazo Martí, colofón crítico y creativo del Progreso bellista:

Finalmente, en la *Silva criolla* de Francisco Lazo Martí, la voz poética encomia al *bardo amigo*, su oyente lírico, para que abandone la ciudad, vaya al campo para luchar

por esa Venezuela, diezmada por las luchas fratricidas de los caudillos y la corrupción de la urbe capitalina (estrofas 1-3):²⁷

Es tiempo de que vuelvas:
es tiempo de que tornes...
No más de insano amor en festines,
con mirto y rosa y pálidos jazmines
tu pecho varonil, tu pecho exornes.

Es tiempo de que vuelvas...
Tu alma —pobre alondra— se desvive
por el beso de amor de aquella lumbre
deleite de sus alas. Desde lejos
la nostalgia te acecha. Tu camino
se borrará de súbito en su sombra...
Y voz doliente de las horas tristes,
y del mal vivir oculto dardo,
el recuerdo que arraiga y nunca muere,
el recuerdo que hierde,
hará sangrar tu corazón, ¿Oh Bardo!

No más a los afanes de la corte
humilles la altivez de tus instintos,
ni turbe de tus noches la armonía
falaz visión de pórticos y plintos,
y fúlgida terraza como el día.
Deja que de los años la faena
los palacios derrumbe,
donde el placer es vórtice que atrae
y deslumbrada la virtud sucumbe.

Pero un nuevo paisaje natural nacional emerge: los llanos, la tierra de promisión
deja de ser la región central y costera del país (estrofa 4):

Ven de nuevo a tus pampas. Abandona
el brumoso horizonte
que de apiñadas cumbres se corona.
Lejos del ígneo monte
ven a colgar tu tienda. Ven felice,
ven a dormir en calma tus quebrantos,
y como el sol de la desierta zona
en viva inspiración ardan tus cantos.

Esa llanura, en la Silva, se despliega en la belleza y la braveza de su vegetación,
fauna y sus dos estaciones (invierno y verano):

Torna a soplar del Este
el viento alegre y zumbador. Onda
cual agitada veste
el sedoso follaje. El sol oreo
la charca pantanosa,
y por el reino de la luz pasea
legión de garzas de plumaje rosa.

También la agricultura pierde protagonismo, ahora es la ganadería la riqueza que
sacará a la nación de su debacle. Los llanos venezolanos cobran así protagonismo en
este poeta, discípulo de Bello, que sirviéndose del discurso del polígrafo, abrió nuevos
horizontes para el progreso, ahora pecuario, de Venezuela.

²⁷ Sobre la corrupción política de la Caracas del tiempo de la Silva criolla, véase: Rodríguez, 2002: 13-73.

CONCLUSIÓN:

La concepción del progreso en Andrés Bello responde a un proceso complejo que requirieron muchos años de vivencias, formación y replanteamientos en el polígrafo. El progreso bellista conforma un mosaico de elementos interdependientes que buscan la promoción afectiva, estética, política, moral, cultural, económica y espiritualmente al hombre y su sociedad, en el contexto del mundo hispanoamericano. Progreso bellista que siguieron los escritores venezolanos decimonónicos en sorprendente consenso, pero ahondándolo y añadiéndole otros aditamentos importantes: una contemplación más acentuada del paisaje natural, acatando el discurso moral del poeta caraqueño, buscando instaurar un Estado moderno mejor que el ilustrado-liberal, proponiendo crear unas relaciones internacionales bajo el mapa geopolítico común de los valores republicanos, invitando a incorporar para el desarrollo agrario nacional las bondades científicas del Positivismo, alentando una agricultura promotora de riqueza cultural, económica y espiritual, y abriendo nuevas fuentes para la prosperidad como la ganadería.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA:

- CAMACHO, Simón (1851): “José A. Maitín”, en *Obras poéticas de J. A. Maitín*. Caracas: Almacén de José María Rojas. pp. VII-XVIII.
- CARDOZO, Lubio (2014): “Andrés Bello, Alejandro Humboldt, sus versiones del paisaje del Nuevo Mundo. Maravilloso encuentro entre la imaginación y la ciencia.” *Actual*, Nro. 73 (45), Enero-Diciembre. Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela, [pp. 1-8, en formato pdf sin paginar]
Disponibile en la Red de Internet:
<http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/actualinvestigacion/article/view/7836>
- GONZÁLEZ BATISTA, Carlos (6 de noviembre de 2010) en “Juana Zárrega y Heredia y la poética del desarraigo.” *Papel Literario, El Nacional*, Caracas.
- GUTIÉRREZ, Juan María (1846). *América poética. Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo. Parte lírica*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- LAZO MARTÍ, Francisco (2002). *Obra Completa*. Compilación, prólogo y notas; Carlos César Rodríguez. Mérida-Venezuela: Universidad de Los Andes. Ediciones del Vicerrectorado Académico. 336 p.
- LOZANO, Abigail (). *Colección de poesías originales*. Paris: TH Ducessois Editor, 1864
- MADRIGAL, Luis Iñigo (1974): “*Los Mártires* de Fermín Toro primera novela venezolana.” AIH. Actas V, pp. 623-631.
- [MAITÍN, José Antonio] (1851). *Obras poéticas de J. A. Maitín*. (Simón Camacho: “José A. Maitín”, XVIII p. [prólogo]) Caracas: Almacén de José María Rojas.
- MANRIQUE JEREZ, Manuel (1844). *El Arpa del Proscrito*. Caracas: Imprenta Boliviana.
- RAMÍREZ VIVAS, Marco Aurelio (2006): “El liberalismo cristiano en *La agricultura de la zona tórrida* de Andrés Bello”. En *Andrés Bello y la Gramática de un Nuevo Mundo. Memorias V Jornadas de Historia y Religión*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. Fundación Konrad-Adenauer-Stifung. pp. 195-212.
- _____ (2009): “El paisaje de *La agricultura de la zona tórrida*, tenor del primer proyecto de desarrollo americano del siglo XIX”. En Aura Guerrero (Coordinadora) *Paisajes de la modernidad en Venezuela, 1811-1960*. Mérida [Venezuela] Universidad de Los Andes. Consejo de Publicaciones. Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico. Grupo de Investigaciones en Arte Latinoamericano. pp. 45-71.
- _____ (2010a): “Albores de la Independencia: emergencia del Americanismo telúrico en la lírica criolla colonial (1798-1805)”. En Carmen H. Carrasquel J. y Luis Manuel Cuevas Quintero (compiladores). *Al otro lado del imperio. Nueve miradas en torno a la crisis colonial*. Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones (CP), 2010. pp. 63-83.

_____ (2010b): “La idea del progreso en Andrés Bello”. *Casaviento*. Revista Literaria. Mérida (Venezuela) Universidad de Los Andes. Facultad de Humanidades y Educación. Escuela de Letras. Departamento de Literatura Hispanoamericana y Venezolana. N^{ro}. 1.

Disponible en la Red de Internet:

<http://revistacasaviento.blogspot.com/2010/01/ensayos-44.html>

RODRÍGUEZ, Carlos César (2002): “Prólogo”, en Francisco Lazo Martí. *Obra Completa*. Mérida-Venezuela: Universidad de Los Andes. Ediciones del Vicerrectorado Académico. pp. 13-43.

ROJAS, José María (1875). *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*. Prólogo: Manuel Alfredo Rodríguez [en 10 páginas sin foliación]. Caracas: Edición facsímile de la prínceps de 1875, a cargo del Concejo Municipal del Distrito Federal, 802 p.

TORO, Fermín (1842). *Los Mártires*. Caracas: *El Liceo Venezolano*. N^{ros}. 2-7, febrero a Julio.

VELÁSQUEZ DELGADO, Jorge (2016): “La idea del progreso en Condorcet.” *Horizontes filosóficos: Revista de Filosofía, humanidades y Ciencias sociales*. Universidad Nacional de Comahue, Neuquén, Argentina, N^{ro}. 6, pp. 25-35.